

Armando Roa Vial

Hotel Celine

EDITORIAL UNIVERSITARIA

© 2003, ARMANDO ROA VIAL.
Inscripción N° 136.180, Santiago de Chile.

Derechos reservados para Chile por
© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.
María Luisa Santander 0447,
Santiago de Chile.

www.universitaria.cl editor@universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias,
sin permiso escrito del editor.

ISBN 956-11-1686-3

Texto compuesto en tipografía *Times 10/13*

Se terminó de imprimir esta
PRIMERA EDICIÓN,
de 500 ejemplares,
en los talleres de Imprenta Salesianos S.A.
General Gana 1486, Santiago de Chile,
en diciembre de 2003.

PORTADA
Misterio y melancolía de una calle (1914). Óleo de Giorgio de Chirico

FOTOGRAFÍA
Sandra Accatino S.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Nota preliminar

I

Curiosa historia la de este libro: muchos de sus textos han circulado en diversas revistas extranjeras desde hace casi dos años, y ahora, por fin, se reúnen en un solo volumen. Después de haber sido hospedados en sitios diferentes, emprenden, con esta obra, su regreso al lugar de origen, también un lugar de tránsito, un hotel, Hotel Celine, donde las palabras y quien las articula se escinden entre el pasado que ya no es, el futuro que aguarda sin ser y el presente que se desfonda, sin detenerse, para dejar de ser. Por eso Hotel Celine es guarida de la nostalgia, voluntad de tiempo, con sus objetos, personajes y habitaciones provisionales, donde nada ni nadie hace pie, donde todo es un continuo alejarse. El poeta no es sólo un vaticinador; es igualmente un memorialista que vive disperso en este juego caleidoscópico de evocación y expectativa, armando y desarmando el collage de la memoria, depósito del tiempo.

II

Quienes se recluyen en Hotel Celine, son aristócratas de la proscripción y el anonimato. No apuestan al cetro de la posteridad. Relegados a esta ínsula, atisban en el lenguaje un malogrado borrador de la realidad. Por vocación desconfían del profetismo previsor de toda creencia protectora que busque fabular sentidos allí donde nada es mensurable, donde sólo se fragua la derrota del pensamiento. El libro de la naturaleza, lejos de estar escrito en términos matemáticos, se presenta ante ellos como un barranco siniestro, despojado de medida, texto ilegible e inquietante redactado "por el Presidente de los inmortales que nunca termina de divertirse con nosotros", que traza la vida como un sombrío anfiteatro donde los protagonistas son víctimas de sus propias circunstancias inevitables, frente a las cuales no cabe rebelarse. Existir es, por definición, una capitulación. El orgullo, de haberlo, es una mera actitud negativa: por eso, para los huéspedes de Hotel Celine, el único orgullo está, precisamente, en no tener nada de que enorgullecerse.

III

Los poetas ya bajaron del olimpo. Ahora es el turno del poema. Quienes deambulan por Hotel

Celine sostienen que la palabra ha gozado de inmerecidos privilegios. Por eso nos advierten: "Las áridas articulaciones del lenguaje no nos devuelven el goce o la belleza anterior a la palabra. Flatus vocis, castillos en la arena, carnadas que afiebran la imaginación. Las palabras no sirven para atravesar tempestades, desgarrar las tinieblas o hacer el amor. Allí donde flotan las cosas, las palabras se ahogan. Los poetas bajaron del Olimpo pero no cortaron la maleza verbal. Tampoco renunciaron a diademas y laureles. Sudaron y sudaron palabras, escondidos en una máscara letal. Decían luchar contra ellas, pero ellas siempre terminaron por vencer. La animalidad terminológica trajina el paisaje con su vaho neblinoso y pestilente. Que el calor llegue al corazón sin el pie forzado de manuscritos estruendosos, donde sólo proliferan delaciones. *Ignoramus, ignorabimus.*" La dicha de enmudecer.

Armando Roa Vial Invierno 2003

HABITACIONES

Desde la habitación 24:

Henry David Thoreau y su amada

I

En el atardecer de nuestras vidas, se nos dijo,
seríamos juzgados por el amor.
Así, después de cercenar las malezas
nos internamos en el bosque.
El cielo latía a corazón abierto
ya acallados los vientos sombríos que cabalgaban la ruina de los pájaros.
La muerte se moría de celos, apartada a un costado del camino,
como un ramaje de hojas secas sin reflejos en el agua.
El balbuceo insensato de la boca,
depuesta la palabra,
alcanzó la vertiginosa quietud del silencio.
El amor había sorteado las cegadoras ventiscas del miedo y de la duda
con la humilde armadura de la carne.
En el atardecer de nuestras vidas, se nos dijo.
En el atardecer de nuestras vidas, se nos dijo.
En el atardecer de nuestras vidas, se nos dijo.
Por eso nos internamos en el bosque
sin demasiadas ceremonias,
aferrados a un puñado de recuerdos
que aún repicaban en las polvorientas campanas del tiempo:
queríamos asentarnos
en el amor
sin oblaciones,
sin limosnas que pedir a la belleza perdida,
sin árboles que deponer en aquel bosque
donde nos internábamos en el atardecer de nuestras vidas,
cuando seríamos juzgados por el amor.

II

Y arribamos al Hotel Celine
esquivando las harapientas caricias de la muerte.
Eramos dos sombras amuralladas por el deseo
en medio de aquellas alcobas: tú y yo, almas deshabitadas desde siempre,
cortejo de ilusiones remotas que ahora despuntaban al alba,
zarpano de rincón a rincón,
bajo la tibia arquitectura de un rayo de sol.
Donde ya no se es nadie se empieza a ser alguien.
It's better to burn out than to fade away.
Estas huellas de hombre que menguan el camino.
It's better to burn out than to fade away:
en el atardecer de nuestras vidas, se nos dijo,
seríamos limpiados por la cautelosa marea del corazón.
Rust never sleeps: aquí, en el hotel Celine,
entre muros indecisos humillados por la hierba,
entre ruinosos ventanales donde se encienden y se apagan tus ojos.
Difícil es acostumbrarnos a nosotros mismos
ahora que hemos dejado "de morir nuestra propia muerte
y la de todos aquellos que vienen tras nosotros".
Difícil es...
Difícil es...
El amor nos hace prevalecer,
olvidando.
Ay amor, dime quién soy.
Porque en el atardecer de nuestras vidas...

III

El fulgor de la erosión
-el incierto corazón del corazón-
conjugando las variaciones del amor.
No hablo del deseo,
la anatomía fraudulenta del deseo
y su retórica sombría
en la cámara nupcial de nuestros cuerpos
-dos ínsulas extrañas ancladas sobre las aguas del espejo-
Porque en el atardecer de nuestras vidas...
Porque en el atardecer de nuestras vidas...

Porque en el atardecer de nuestras vidas...

Tú o yo: ¿ de quién es el turno
en este juego de palabras
donde ya no caben las palabras?

Perdemos para poseer.

Desde la habitación 64:

El último sortilegio de Ricardo Reis

I

Nos multiplicábamos para sentir,
necesitábamos sentirlo todo,
nos desbordábamos, no hacíamos otra cosa que derramarnos,
nos desnudábamos, nos entregábamos
porque en cada rincón de nuestras almas
había un altar para un Dios diferente.

II

¿Qué escándalos hace ahora el espejo,
enemigo indisimulable de mí mismo?
¿De qué me sirve esa muda dramaturgia,
el insípido rostro que paga su entrada
y olfatea mis gestos desde el otro lado de la vidriera,
sin que acierte en conciliar mis líneas con las suyas?
¿Impostor? ¿Palpitando a quién?
¿Somos el preludio de otro?
Nada hay tan vano
como empuñar un rostro ajeno en el espejo
y responderle "soy yo" ante la consabida pregunta "¿quién eres?"
Porque soy y no soy.

III

Antes de partir arranqué de mí todos los saludos.
Y ahora aquí, en el Hotel Celine,
donde ya no hay sol que incendie mis oscuridades,

recompongo mis ademanes de hombre de nadie,
el monólogo secreto de quien descree de sus propias huellas
-confusas como el tráfico de una calle-
y que afirma, sin pudores, que ya hay bastante metafísica si no se piensa en nada,
con sólo comer, beber y dormir.
He apostado a la omisión, al aullido fecundante del silencio,
a la respiración sin boca, al tacto sin manos.
Hambriento de la nada
busco a tientas, en éste, mi último hospedaje,
diluirla aquella gestación
que alguna vez llevó mi nombre.

Desde la habitación 38:

Possum & Prufock

I

En esta, la casa de la última farola,
afiebrado laberinto
donde las pesadillas despiertan de golpe,
me disuelvo entre marejadas de mujeres
cuyas manos escarban mi vejez de otros tiempos y otros hombres,
la usura del amor en mi lomo de animal enfermo,
yo, el emperador del fango,
con esa fe de carbonero
que en vano quiso descifrar los ponzoñosos acertijos de Dios
y de su verbo encarnado
que sólo escupe un poco de saliva
en este manicomio, territorio ávido de miedo,
Hotel Celine, madriguera del gusano
a lo largo de la página.

II

Ah Satán, filisteo pescador de los muertos, no te apiades de mi honda miseria.
Tu aliento me pesa, es cierto,
pero luego de este baile
te retaré a duelo,
a ver quién arranca más rápido el trofeo
de este amor prohibido por el paso de los años:
mis destinos sucesivos, que ya no ladran a mi lado,
las desgracias que nadie lee aquí,
el olvido, esa bóveda donde se confinan los deseos que apuran su fin
cuando la carne se vuelve inmóvil y cuelga tristemente del armario.

III

Sea esta mi gran elegía.
El itinerario de un retrato que comienza a engañarme.
Los retratos, con el tiempo, nada dicen de nosotros.
He sido el payaso y he sido el embustero.
Mi vejez avanza con paso cauteloso
preparando esa nada siempre a punto de ser,
esa muerte cuya nieve va enfriando estos ríos de palabras
que mienten como los retratos,
retratos que sólo son objeciones a nosotros mismos,
impuestas por el curso del tiempo.

III

Ay, Possum, cuántas clases de muertes conoces
aquí, en el Hotel Celine, en la mitad de nuestro camino.
Cuántas las fatigas y cuántos los tedios.
Le decías a tu alma:
"tranquilízate y deja que lo oscuro llegue hasta ti,
será la oscuridad de Dios, como en el teatro,
cuando se cambian las luces para cambiar de escenario".
Ay, amigo, lo demás no es asunto nuestro.
El silencio se tumba alegremente
entre tapices, vasos, botellas, porcelanas, adoquines, chimeneas,
manteles, alacenas, ventanas, puertas y escalones.
Todo queda tan lejos; vivir es como errar en la espesura:
ahí donde la niebla no se puede escabullir.
¿Es esto una tragedia? ¿O es una comedia?
¿Aquella mujer que iba y venía hablando de Miguel Ángel?
El silencio contenía la respiración
de aquel firmamento de astros caídos
que eran tú y ella, husmeándose el uno al otro,
escondidos en el desencantado borde de un beso,
azuzando a los perros del amor en ésta,
la casa de la última farola.

Desde la habitación 66:

Epifanía de Jaco Pastorius

Que la música sea limpia como la muerte,
deshollinando las tinieblas de cuanta soledad
recala sobre mi pista de baile.
¿Una lucha por recuperar lo perdido en este decrepito lugar
donde las calvas paredes son los abrevaderos del atardecer?
Ay, si pudiera hacer pagar al mundo lo que yo pagué.
Mi alma da vueltas como un vacilante helicóptero
entre una lluvia intermitente de sonidos que nada nos dicen de esta vida,
esta vida que muerde y quema en un duelo fronterizo con la muerte.
¿Será ya hora de un descanso?
Digo: ¿habrá manera de salir de este cuarto
o permaneceré aquí una temporada más,
rasgueando el mástil de mi contrabajo,
insertando "Jesús alegría de los hombres"
a "Purple Haze" de Jimmi Hendrix,
con la vejez como un telegrama antes de tiempo,
con mi cuerpo saltando fuera de su sombra
en la búsqueda de un competidor más peligroso?
Pues esta, dicen, es una carrera profesional:
dejar de ser uno mismo,
ejecutar la partitura en una dirección desconocida
con las cuerdas del instrumento erguidas como sogas,
música más allá de la música,
espuma divina para un dios sin término.

Desde la habitación 614:

Ivan Karamazov

¿Deberé hacer esta confesión? ¿No he dudado ya bastante?
Pues al diablo con el diablo,
aunque el hombre lo haya creado a su imagen y semejanza.
Así doy vuelta el sentido de las palabras,
como Polonio en Hamlet, volviéndolas en contra de uno,
dando rienda suelta a esa indignación sin desahogo
tan propia de mi alma de Karamazov, yo, el Inquisidor violento y rapaz
que siempre ha visto en el hombre un veneno a tomar en pequeñas dosis.
¿Fantasía? ¿Rebelión? ¿Será que todo está permitido?
¿O es que todos hemos de ser prodigiosamente tolerantes?
Yo afirmo que toda la ciencia del mundo
no vale las súplicas de un niño al buen Dios.
¿Aliosha? ¿El Venerable Zossima?
Vaya una farsa, nada hay que no termine entre boquerones de estiércol,
si hasta los santos hieden;
es la inesperada cordialidad de la tiniebla
que sale a mi encuentro cuando apuro
una salida más allá de esta vida.
Ahora pregunto al muerto si está cansado de la muerte.
"Sólo lo que dejas te consagra", responde con un leve suspiro.
O bien: "Nadie te ha enseñado un lenguaje
capaz de espectorar tu angustia".
O quizá: este negocio ya aburre demasiado.
Es cierto que el hombre, cuando se sabe un bufón, no ríe.
Y que donde se hace una broma es que se oculta un problema.
Así he jugado a matar al padre,
a cavarle una tumba en cada uno de esos sueños
desatados de mi fantasía como alimañas que abandonan su madriguera.
Porque para alzarme he de hundirlo,
desprenderlo de toda palabra que salga de mi boca,
-aunque las palabras no sean más que polvo nutriéndose silenciosamente
de polvo, ceremonias inútiles en territorios donde nada ni nadie emplaza a la vida-, dejarlo libre
de todo vestigio humano, de la carne y su fingimiento de siglos. ¿Deberé seguir esta confesión? Por
años he lavado mi conciencia entre aguas servidas; soy un patio con demasiadas grietas; cualquier
limpieza es inútil. Las desembocaduras se inquietan ante mi presencia de río turbulento donde la
marejada del remordimiento no deja de reventar. He querido vivir al margen de la vida y morir fuera

de la muerte. Con mis orillas resacas -el fervor del que dúdame voy deformando hasta ser sin ser, rasgado de sueños, desmoronado de los pergaminos de la carne, sin que ni siquiera mi sombra se digne en recibirme. Habrá alguien que pueda alzarme por encima de este mundo empacando mis vacilaciones para un nuevo itinerario. ¿Soy culpable del crimen de mi padre? Aliosha me consuela hablándome de Dios. Y yo le respondo: a otro perro con ese hueso.

Desde la habitación 345:

Postdata para un mayordomo de casterbridge

Amor, furtivo huésped del hombre:
los poetas bajaron del Olimpo
pero no podaron la maleza verbal.
Amor, furtivo huésped del hombre:
por tu culpa la palabra
ha gozado de inmerecidos privilegios.
Amor, furtivo huésped del hombre:
deja que las palabras
rueden por su cuenta,
que se asesinen unas a otras
sin diademas ni laureles.
Amor, furtivo huésped del hombre:
que el calor llegue al corazón
sin el pie forzado de manuscritos estruendosos,
donde sólo proliferan delaciones.
Amor, furtivo huésped del hombre:
que no haya musas espolvoreando tu lengua,
o desmontándola en un poema
donde no encontramos bocas dignas de tu voz.

Desde la habitación 613:

Un visitante de Combray

Entregarse a los verbos y sus conjugaciones,
partículas de enlace entre sujeto y predicado
que estructuran los diversos términos del enunciado:
capitulaciones a las astucias del tiempo:
cuantificación y magnitudes según un antes o un después;
o abismarse en una presencia sin presente,
cuando cada instante es un instante a medias,
compelido a completarse en un momento diferente,
ya en el pasado o ya en el futuro, para luego volver sobre sí
¿Mides lo que ya no es?
Entre la evocación y la expectativa
descansa la memoria, depósito del tiempo:
mi polvo, habitual fermento de mi firmamento
desgasta las agujas del reloj:
nacemos póstumos.

Desde la habitación 505:

Habeas corpus de Gregorio Samsa

Y vuelta. Desde el "Apocalipsis" y la "Zarabanda"
a las "Estancias". A pesar de que mis aguas no son navegables.
Podría decir: "Eres un puñado de polvo
agitando la risa en un ir y quedarse".
Pero me sales al paso. Ahora en el Hotel Celine.
Entrar y salir.
Subir y bajar.
Haces tuya
esa fábula de voces que traman la despedida
de todos los saludos.
Ya veo que te gusta la muerte,
que la masturbas a diario con esa aborrecible costumbre
de la palabra, remontando la llanura del lenguaje,
cuando la palabra es apenas un ejercicio de prematura senectud.
Y cuando logro desafiarte te ríes y me espoleas
estampando mi sombra a cuerpos extraños,
a citas que nada deben al sabor alquitranado de mi lengua,
a borradores de otros que buscaron en ti un puerto seguro.
Cuántos símbolos hay que no pudieron cargar con el peso de las cosas.
Así podrías traducir:
"¿Está acaso en tus manos lo mejor del hombre,
tú, que nunca hiciste versos?"
Caduco fingidor
que dices adiós desde la borda de todos los navios,
no sin antes lanzar tu botella con mensajes al mar.
¿Mi Sordello? ¿Las epístolas de Fra Pandolfo?
¿El obispo que ordenaba su tumba en Santa Praxedes?
Tu demonio es un amo poderoso
que canta y ordena.
Tras falsas confesiones
has querido parirme en mil muertes posibles.
Tuya ha sido mi máscara
de lobo disfrazado de cordero,
por ti los pastores se impacientan
ante ese rebaño de versículos
que he descarriado

hasta los muérdagos que bordean el río.
Sunt Luminar
naces de una pérdida,
nunca has tocado nada de lo que eres,
tu firmamento es un cedazo entre la vida y la muerte.

Desde la habitación 613:

Basil Bunting ad Literam

Adiós, digo, a la sucesión de las musas,
rostros vacíos, quietos, ausentes;
discretas deben ser nuestras voces de despedida.

Vagaban en la noche
por habitaciones sin luz; o donde el único fulgor
reflejado en la pared desde la calle
era el de una luna demasiado lenta.

Las cerillas apresuran la oscuridad
agolpadas por nocturnos demonios
que brillan tenuemente entre cascadas
de revoltosas ilusiones.

¡Musas disueltas en el aire, silenciosas musas de la luz!
Cesen ya de administrar
veneno a la memoria moribunda y devuelvan
su estocada a los viejos arrebatos de la inspiración .

Desde la habitación 323:

Un traductor anónimo de las elegías de exeter

La fortuna de los hombres goza del juego:
el arpa y la espada que nos guardan del frío.
Ahí estaban Beda y Alcuino, Wálder y Déor,
los anónimos de Exeter y las hazañas de Beowulf.
El destino vencedor de dioses que tomaron sus títulos
al duro precio de la sangre, intercalando exilios a los reinos,
desechando la diadema de las musas
en la intrincada sintaxis de las duras consonantes
y las vocales abiertas y aliteradas.

Decían "casa de los vientos" por el aire.
Decían "sangre del peñasco" por el río.
Decían "techo de la ballena" por el mar.

Las palabras cabalgaban alrededor del túmulo
y deploraban la caída del héroe o el rey.
De aquellos semblantes exánimes
-el sobrepeso sofocante de los muertos-
traduzco wael spere windam
y lo intercalo a sola sub nocte per umbram:
el gesto admonitorio del miedo
y su prolongación humana
sobre la noche pagana de una estirpe longeva
que hundió sus raíces en Jarrow y Northumbria.

Es este un oficio antiguo y peligroso:
encorsetar fantasmas,
arrumbar señales que a nada conducen:
desechadas las pesadillas por la borda de los sueños,
navegamos en el mar de los desencuentros,
cuando el agua desciende a ras de suelo
y nuestra nave ya no puede esquivar la ortografía
de arrecifes y despeñaderos.

Digo: traducir es entregar el rostro y la sed:
persistir huyendo y huyéndome.
Entregar mi graznido a otros cuervos,
mis amores a otras sangres,
mis agonías a otras muertes.

Sobre el texto cyssan (beso) y torn (aflicción)
se funden a wiciam (morar) y strutian (luchar).

El traductor mendiga en días perdidos
la ceniza que todavía lo aguarda,
el nombre de una silueta que todavía lo enlaza,
la frágil forma de un viento que sopla y no lo dispersa.

Se podría decir: todos estamos
firmemente encarcelados en esta antología improvisada,
donde el olvido "golpea los diques del lenguaje
y respira sin llegar a ser palabra".

Por eso cerramos los ojos y aturdimos el oído.
Un corazón en desuso. Sin una versión literal.
De nosotros sólo quedan los otros.

Desde la habitación 506:

Elena bellamuerte

En un bazar llamado Macedonio Fernández
se prohíben los aplausos: los tópicos son graves
y escasea la higiene. Se encuestan fracasos,
pasarelas hacia barcos que se alejan sin regresar.
Alguien dice: "Nada en propiedad; todo prestado;
no te lleves mi hoy; quisiera estar todavía en mí".

En un bazar llamado Macedonio Fernández
las palabras clavan sus latidos
entre mareas de tinta, verbos que se encorvan
liberados a sus propias conjugaciones,
irrumpiendo a puñados, preparando los personajes
que habrán de morir al final de la lectura.

Se suma y se cita: un bazar es una página que exime al autor
"del flagelo realista y le permite afirmar sus paradojas".

Macedonio ensaya aunque todo se haya escrito.
En aquel bazar que lleva su nombre
los engrasados brazos de la palabra
maduran bajo otra piel.
Macedonio intenta responder con una caricia
a esa mano sin articulaciones
que son las cosas, las cosas cuando son despojadas
de una mirada que las encierre
o de una voz que las perfile.

Así, en un bazar llamado Macedonio Fernández leemos:
"El mundo no tiene magnitud puesto que lo abarcamos
con la más amplia de las miradas; la llanura y el cielo
cabén en una imagen, totalmente y con todo detalle,
en un punto de mi mente que no posee extensión".

Desde la habitación 201:

Andrea Del Sarto por boca del poeta

La manufactura,
el trazo correcto y proporcionado.
Robert Browning exhorta a la figura del boceto
como si fuera la deuda impaga de un juego.
Andrea del Sarto, escribe: pintor ignotus.
El brazo estaba mal puesto
pero esos defectos son perdonables en las líneas del dibujo.
Después de todo, la perfección de este cuadro
nunca ha sido del todo genuina.
En el arte como en la vida, -el mismo Andrea lo sostuvo-,
el gusto cambia con demasiada facilidad.
¿Hay algún objeto donde posar la mirada?
¿Las copias de Vasari? ¿Los perfiles de Morello?
No, volvamos al rostro ahorrándonos modelos.
Es Porphyria, en Fiesole, empecinada en el amor,
girando y plegándose, la curva inferior del labio,
el torso, la cabellera suelta.
"Que tu gusano sea mi gusano":
vaya la suplica de Andrea a su amada por boca del poeta,
para que la voz rasposa de éste prosiga el ensayo
con aquella retórica en desuso que añade fintas aquí y allá,
puliendo la persuasión hasta montar el decorado perfecto.

Desde la habitación 457:

Johannes de Silentio

Nunca al destino le faltaron razones
para hacernos creer en aquellos cerezos
que se erguían al fondo del barranco.
Por eso nos apartamos de las incertidumbres del corazón
(avanzábamos en medio de la oscuridad
como un expreso que sabía su ruta)
y dejamos que algo -por ejemplo un recuerdo-
ocupara la butaca que a nosotros nos correspondía
en aquel viejo teatro donde cada cual representaba un equívoco papel.
Ahora, sin embargo, debo ser delicado: hablo de una mujer.
Por eso pido al verso que deje a un lado mascaradas y volteretas.
Que se limpie del estiércol que aún arrastra en los zapatos.
Que aparte los desniveles del amor que el poeta
escondió en un beso
para luego negociarlo entre bastidores,
cuando el placer ya arriaba sus velas agotadas.
Digo que hablo de una mujer. Y lo hago con la abrasadora languidez
de una luna que se estampa a la noche como una borrosa huella dactilar.
Porque sólo hay algo de cierto en todo esto:
el texto que le escribo a los pies de este ventanal enmohecido
por la lluvia que no cesa de caer entre su mundo y el mío.

Desde la habitación 616:

El viajero y su sombra

Afirmabas que los maremotos se tendían a tus pies,
que el humo de las tinieblas te vestía con sus vapores.
Saludaste a los asesinos
y a los verdugos que preparaban la revolución.
Diste refugio al amor y a los enamorados perseguidos.
¿Para qué tanto esfuerzo?
¿Para qué un punto de apoyo
en los oxidados amortiguadores de la vida?
¿Para qué una palabra, una carrocería pasada de moda?
De tanto soñar has perdido la realidad.
De tanto pujar has permitido, como siempre,
que el olvido termine por parir.

Desde la habitación 27:

Ezragramas

A) Invocación a Propertio

"Oh tú, miríada
que pugna, juega y pasa,
burlando, desafiando y engañando".
Nada has dejado en pie de las viejas divinidades:
lascivas compañías o venerables anfitriones.
En un astuto simulacro
has asumido esta forma,
temblando de miedo a la intemperie del poema:
el cincelado de la rima
para que tu corazón aprenda a venerar,
para que nadie enturbie tu mañana con un testamento.
Reclamaste la piedad de Perséfone
para que la soberbia y la ruina dejaran de ensañarse,
ahora que Roma es sólo un póstumo recuerdo de Roma.
Fue el emperador quien alzó los senderos.
Pero el destino ya estaba escrito:
"no hay necesidad de consultar adivinos".

B) Rapallo & Saint Elisabeth

La anónima constelación de la usura
atiborra el pabellón.
La palabra se tiende anestesiada
y resopla desde la camilla.

Estancado quedó el poema en el cenagoso campo de helechos
cuando el poeta, a tientas, entreabrió la bruñida puerta de los sueños,
convencido de que con "los sueños empezaba la responsabilidad".

Vidas que no tardan en hincharse,
tumores parduzcos y tortuosos:
son los jerarcas del dinero

que esmeran un cadáver para el próximo féretro.

Inconcluso ha quedado
el paraíso pintado
en el muro de la iglesia: todo por usura,
Eleusis, las putas y Angélico.

Adamo me fecit.
"Omnia,
todo lo que es, es luz"

(Con Escoto Erígena en Cantar LXXIV:
sunt lumina: all things that are are light)

El poeta ahora se oxida en el quirófano.
Ya no cantarán para él los gallos del Cid en Medinacelli.
La muerte lo toma a préstamo
y le estampa la diadema de su primogenitura.

C) Variaciones e Intervalos

Variaciones e intervalos I

La máscara histriónica ha quedado atrás.
Ahora, en la casa de los locos,
bajo la nube silenciosa de una mueca,
afloja su corazón
de artesano con el cincel enmohecido.
Las palabras ya no traman
entre tanto desperdicio; apenas olfatean a ciegas,
como un perro que ha perdido a su amo.
Nada hay que amanezca en esta carne,
resuello sin reposo
nadándose y nadándose
río adentro,
flotante desnudez
entre humores y secreciones
de hombres que han roto los sueños,
que han saboteado el pensamiento
dejando a las pasiones desbordarse
libremente en ésta, la casa de los locos,
el hueco vicioso del mundo,
donde el porvenir ha quedado abolido.

La máscara histriónica ha quedado atrás.
En la casa de los locos
no hacen falta las pantominas del ritual:
sólo se reza lo indispensable:
por cada plegaria
la destitución de un dios.
El infierno enmienda el paso del difunto:
los vivos -intrusos depredadores en la casa de los locos-
usurpan el polvo de los muertos.

Variaciones e intervalos II

El poema, a destiempo,
cuando ya no hay voces que retumben desde el fondo de sus callejones,
inermes palabras
aventándose como fantasmas,
pudriéndose en las letrinas,
ensañándose contra las grietas de ese universo
que nosotros mismos pusimos en pie,
nada digo, que otros paisajes nos impongan sus reglas,
un espejo para nadie, debajo de esta dura corteza de sonidos
que se desprenden de nosotros, que viven despidiéndonos,
que nos hienden como a tinieblas,
que conjugan el aire que respiramos hasta asfixiarnos,
nosotros, como olas que ignoran donde reventar
o como una huella incapaz de estamparse en la arena.
El poema, con su máscara histriónica,
con su tempestad a destiempo,
ardiendo a fuego lento en la casa de los locos,
cuando la insolencia del cadáver deja ya de erizarnos,
cuando el adiós ya no hiede a discordia.
Ahora que las palabras lo coronan con espinas
luego de acomodarlo bajo la forma de una cruz
con metros y pies que se posan y respiran
limpiando de escombros el terreno.
Porque las palabras, en la casa de los locos,
como los dioses de Esquilo,
liberan a los hombres de las terribles previsiones del destino
al sembrar en sus corazones las ciegas esperanzas.

Variaciones e intervalos III

En la casa de los locos
las palabras son un juego ancestral y supersticioso.
Sin disminuir el fervor de las veneraciones,
aun cuando los dioses sean menos divinos
y los hombres sean menos humanos,
entre estertores de relojes y baúles polvorientos
irrumpe el poeta y deja sin cerrar la puerta de la palabra sótano
para que la noche se desfonde escaleras abajo,
para que todo se vuelva subterráneo
hasta perder sus raíces en medio de la oscuridad.
En la profundidad devoradora de su boca
se va agolpando un vago tumulto de pensamientos muertos.
Se dice a sí mismo:
"Por algún tiempo imaginé que las palabras eran mi monasterio
y yo su último habitante.
Pero ya estoy cansado de esta farsa.
Si escribo cielo me lleno de vértigos.
Si escribo tierra me lleno de temblores.
Si escribo luz me lleno de sombras.
Si escribo hombre me lleno de dudas"
Palabras embalsamadas a la boca: espuma inmóvil,
los miedos que el sol ya no puede secar.

Variaciones e Intervalos IV

Nada le queda de notable
a este poema bajo el impulso de la luna.
En la casa de los locos
el goce es corta y mezquinamente tasado.
En la casa de los locos
no se conoce otra libertad
que la del destierro en unas cuantas palabras
que a duras penas relumbran
con los ojos apretados,
quietas en la espera,
pensando sin necesidad de pensamiento.
Nada le queda de notable
a este poema bajo el impulso de la luna:
en la casa de los locos
los años y los muros

no guardan parentesco entre sí:
despojos del firmamento -un sentimiento adecuado a nuestra imperfección-
la luna, empedrada al silencio,
cercenando la musculatura de la noche,
consagrando la muerte prematura de todas las estrellas.

Opene inwid-hlemas.
Ealle ic mihte.
Ealle ic mihte.

En la casa de los locos: ealle ic mihte.
Agita, corazón, mi antigua alma de niño:

Opene inwid-hlemas.
En la casa de los locos:
Departure: fall from grace;
Absence: spiritual annihilation;
Return: redemption.
In tempore Belli:

i *"Le paradis n'est pas artificiel but is jagged,*

ii *"A man paradise is his good nature "*

iii *"Let the wind speak
that is paradise "*

OBJETOS Y PAISAJES
DEL HOTEL CELINE

Los ceniceros

Torpes de nosotros, hemos desparramado las cenizas
de aquel hombre que fumaba todo el día
y se quejaba de la "infinita tarea del corazón humano".
Convalecía de la muerte como Lázaro,
nos confiaba la fugaz musculatura de sus labios
y luego abría la ventana
para que el viento soplara entre sus silenciosas víctimas:
rollos de hojas apretadas, colillas, restos de tabaco picado o en hebra.
La nicotina bruñía nuestros bordes preparando el rito:
éramos la fosa común donde las pavesas se agolpaban,
emociones gastadas de aquel hombre que bordaba su vida
entre el placer y el vicio de fumar,
cuyos sueños eran atrevidos
pero desproporcionados con relación al volumen,
trazando del mundo apenas una nube:
el humo que extendía sus alas apartando pensamientos molestos,
preparando la fatigosa resolución de cada momento.
"Las negras preocupaciones cabalgan a la grupa tras el jinete".
O bien: "El fumador sabe ayunar mejor que los demás.
Una buena sesión de tabaco adormece cualquier apetito".
Señoras y señores: ¿qué significa una muerte más, cuando habrán
cientos de Lázaros aplastando sus colillas contra nosotros?
Los cigarillos surgen, parpadean y se deshacen en el cenicero,
ese huerto henchido de muérdagos
en los que se deslizan los medrosos pasos de las dilaciones,
al antojo de las ruedas de la vida,
la carcajada ronca de un destino apergaminado
por el alquitrán fulgurante y amargo,
la flor del tabaco inseminada al pulmón,
hundiéndose en la porosidad de la materia en ascuas.
El efímero reencuentro con la soledad
cuando ya se ha renunciado a pedir y esperar.
La vida, para cada Lázaro, siempre llega rezagada.
Aún así debemos ser pacientes.
Pero esa es otra historia.
Por lo pronto, sobre este nido sombrío,
atiborrado de colillas,

sólo queda fumar y fumar y fumar.

Un crucifijo

P
A
L
PALABRAS
B
R
A
S

De una botella de whisky
Larkin & Sons al costado de la cama

"Porque no será amor lo que encontrarás,
sólo el gorjeo brillante de los pájaros,
sólo una luna sin hogar.
Por eso el deseo de estar a solas.
El odio arranca el disfraz y toma su verdadera forma:
almohadas que despiertan de una pesadilla
y pagan su precio a los amantes:
es un cara y cruz
entre dos nada que circundan la hemorragia
que ha quedado después de la separación".

Sonidos

Ulula, muge, berrea.
Chilla, arrúa, rebudia.
Brama, grazna, cloquea.
Bala, guaño, relincha.
Bufa y rebufa. Ronronea.
Trina, pía, ladra.
Silva, croa, grajea.
¡Cuidado, cónsules!
El oído todo lo registra:
el alza
 y la baja

del hombre
en pagos y precios.

(in memoriam W. H. Auden)

Escaleras

Suben
y bajan
ascienden
y caen.
El arriba
del abajo
y el abajo
del arriba:
desde el más acá del más allá
hasta el más allá del más acá.
Labradas
con imágenes
moran
lo desmoronado:
estas palabras en sordina,
g
r
a
d
a
s
del poema que nunca escribiremos.

La escoba

Y yo, la cenicienta de la casa,
zambullida en el suelo,
de tanto barrer y limpiar,
he terminado en esto:
un manojo desarticulado de palmitos,
un palo gris y seco que rehuye de la luz
mientras el polvo hace de las suyas,
sellando mi olfato,
desterrando mi pequeña felicidad de gastarme hasta las raíces
bailando entre cosas solas y rotas
bajo la empuñadura de la criada.
De que tuve mis amores, los tuve.
Pero de eso hace mucho.
Ahora sólo el olvido me remienda -no sé si antes de tiempo-.
La alegría es ya un privilegio indefendible,
al menos aquí en Hotel Celine,
donde difícilmente se puede ser alegre
con pleno conocimiento de causa,
salvo esa alegría del consentimiento con lo ínfimo,
las sobras del pan nuestro de cada día
que yo arrastro alcoba por alcoba.
Buenos días tristeza. Buenos días todos los días.
Dime: ¿De quién serán ahora mis hollines?
¿Me atizarán en el fuego?
Ay, bendita sea mi inconmensurable pequeñez,
que de mi suciedades vengo y a mis suciedades voy,
aunque para andar conmigo no me basten mis pensamientos.
Ven, lector, asómate al rincón y barre conmigo este puñado inmundo de palabras.

Una inscripción desconocida

Whoever take care this advice
will have no fear of ever dying;
mine own thoughts (do swell)
to my solitudes I go
from my solitudes return I.
For by pleasures and sweetnesses of life
what are they but fleeting.
Fall, tears, fall. God preserve you.
I must not be silent.
This is my soul and it's thirst for the death,
mute pale lover, soap-bubble on the wind.
Oh my soul, hoping as I hope,
I cry of not crying, gnawing away the years.

De los minutos

Vida y muerte -diástole y sístole-
bombean las arterias del reloj:
tentativa de salida
a la sombra de una magdalena
mojada en una taza de té
para saborear mejor el paso del tiempo.
Todo esto resulta extraño:
los recuerdos, con la vehemente pasión de los amantes,
padecen porque exprimen y entregan sólo visiones fugitivas,
cansadas de ir y volver, de encuentros lejanos,
de esperar un porvenir donde serán
aquello que no fueron ni son.
En Hotel Celine el blindaje crepuscular de los años
entona una triste balada; la esclavitud abolida de la vejez
fue un sueño de hombres supersticiosos
para quienes
pasado
presente
y futuro
eran sólo tres espejismos
que aparecían y desaparecían
en el fondo de un espejo
donde la nada cansada de ser nadie
aguardaba posarse en el reflejo de alguien.

De la fuerza gravitacional del amor (Un punto de vista Heurístico para el Hotel Celine)

El amor posee ondas de longitudes mensurables,
aunque sus partículas yacen suspendidas en corpúsculos estacionarios.

El amor posee ondas de longitudes mensurables,
con explosiones discontinuas de energía,
aunque sus partículas yacen suspendidas en corpúsculos estacionarios.

El amor posee ondas de longitud mensurables
con explosiones discontinuas de energía,
y aunque sus partículas yacen suspendidas en corpúsculos estacionarios,
busca una nueva determinación del tamaño de las moléculas.

El amor es más simple de lo que se cree:
con explosiones discontinuas de energía
que buscan una nueva determinación del tamaño de las moléculas
y aunque sus partículas yacen suspendidas en corpúsculos estacionarios,
a mayor cantidad de materia puede aumentar la energía gravitatoria.

¿Cuál será entonces el campo gravitatorio del amor?
El espacio curvo del corazón, aun en la irregularidad diminuta de su órbita,
donde es posible trazar un número indeterminado de líneas rectas entre dos puntos.

Dios no juega a los dados con el universo; tampoco con el amor.

De una pintura religiosa sobre José De Arimatea

Inocular y ocultar. Hotel Celine: allí donde Dios se despide del adiós en espera de una nueva revelación. Aceptémoslo:

"tu infierno está en todas partes y te asfixia".

Tus palabras se consumen, se corrompen, acaban en la nada.

¿Quién eres tú para hacer caer mis mandamientos de la estantería?

Dios. Desolación. Disolución. Desilusión.

Aprisionándonos en tu gran colmena,

entonando una nota imprecisa, menesteroso Dios de los días,

cegador de los mares, relicario de suicidas, desdoblador de la muerte,

no tengas miedo de las quemaduras de mi voz -hago lo posible

por ser el que soy en la matriz rota de mi vida-, no te aflijas

de mis aflicciones estampadas como lápidas en el cementerio

de mis ojos, a quienes rehusas tu mirada: son tinturas difíciles

de borrar. Mi humanidad es un traje mezquino y apretado.

¿Qué importa lo que demora un hombre en pudrirse bajo la tierra

si en verdad ya está corrompido antes de morir?

Lázaro, después de resucitar, temía una y otra vez

el umbral de la muerte. ¿O no han leído sus epístolas?

¿Que cuál es mi arte?, preguntan.

Mi arte es el arte de bien morir,

aunque nada sea más fácil para una filosofía que ser trágica;

le basta, según dicen, con abandonarse a su peso humano.

Pues todas las batallas contra la muerte

se pierden antes de ser empezadas.

Paredes

Nos alzamos para deponer.
Hombres que nada sabían del hombre
trabajaron por nosotros
para guarecerse de la oscuridad y el frío.
Nos brindaron sus proporciones
secretamente calculadas bajo el sobresalto de los años,
las coordenadas borrosas de quienes respiran y esperan
hasta desteñirse, persuadidos de que todo cuanto nace ha de hundirse,
incluido ese reino indefinido de corredores, subterráneos o escaleras
que custodiamos del granizo o la lluvia,
el costoso inventario de cada estación.
Pero unas a otras nos consolamos
pensando en que juntas hemos erguido esta casa de la última farola,
la morada del apartamento, donde las esperanzas son jardines ruinosos
en los que ya no desciende el sol.
A veces compartimos las sombras que nos tienden los árboles,
o detenemos al viento, cuando quiere estar quieto y descansar.
¿Quién abrirá nuestras puertas?
Ay, nada habrá de cerrarse aquí,
por diestras que sean las "tensiones del calendario";
los intrépidos ademanes de la muerte salen al paso
de quienes la debilidad ha unido,
desollados de toda esperanza.

De un busto de Shakespeare

Aun cuando los tiempos no le fueran favorables,
su ambición lo impulsa a descifrar
todas las palabras del diccionario
engulléndolas hasta la última sílaba.
Y citaba y citaba y citaba:
"Los dioses organizan la perdición de los mortales
para que los poetas del futuro tengan algo que cantar".
All our yesterdays. ¿Graves señores
que gruñen y sudan melancolía bajo el peso del tedio?
La Muerte, su graciosa Majestad,
soy yo:
Filius Guglielmos Johannes
que ahora descree de Shakespeare por exigencias escénicas.
Aquí traigo estos yambos:
para que el actor (cualquiera disponible) se pavonee
lleno de estruendo
sin que nadie los escuche porque nada significan.
Tremebunda o no
la economía de lo trágico es resuelta y perseverante.
Su proverbial sentido de la puntualidad
es motivo de temor para deudores morosos
que gustan madrugar las rimas
intercalando
incertidumbre por herrumbre
totalidad por vacuidad
o paroxismo por abismo.
¿Verbigracias de la corte?
Extendemos las manos y damos principio a la fábula feliz:
pues el amor, aunque huyendo al despertarnos,
nos desalojó de la nada.

De una ventana

Sauces, listones de polvo, bambúes cercenados
por la marea descendente del arroyo,
las articulaciones del sol para escapar del aullido de los perros
en la ceguera final de la tarde,
cuando las sombras dejan de bordar el campo.
Pronto la luz habrá de pudrirse
entre duraznos guardados para otras estaciones.
Espacio, sin hacer ruido, el mórbido labio de una palabra
se borra del papel: es el hambre, que ya no nace a esta escritura.
Por eso nada desespera de la quietud del pan
que todavía aguarda en una mesa donde nadie ha de comer.

De una máscara en el vestíbulo

Ese paréntesis que se abre ante tu rostro
cuando lo asomas al espejo
y preguntas quién soy
como quien ensaya un ejercicio fácil y consolador.
Y es que esperas que sea otro quien llegue a conocerte,
pidiendo cada una de las facciones y gestos necesarios
para injertarte a mi cara y cerrar el paréntesis.
Sea este, pues, el poema que sale de tu boca
al menor movimiento de mis labios en el espejo,
mortalmente enamorados de ti,
paréntesis que se abren y se cierran,
esquivando erratas y faltas de ortografía
que otros pudieron haber escrito bajo un pretexto cualquiera,
siervos o amos de ese rostro deshollinado de tu rostro
que ahora baja las persianas de mis ojos
cuando la velocidad de tu fama disminuye.
Somos un par de residuos en el arroyo
que circunda los suburbios del espejo.
Dirás: a otro cielo con ese sol,
oro viejo, moneda sin anversos ni reversos,
enderezando una mirada que a nadie perturba,
furtiva aparición que precede estas líneas.
Pero yo te respondo: para no aburrirnos
conformémonos con este amor que desconoce las maneras de nuestro amor,
acongojados adúlteros de la niebla,
náufragos de una tormenta imaginaria
en la marea del espejo: una ventanilla para orear el aburrimiento.
Por ahora somos un poema sin combustión por falta de gasolina.
Ya vendrán otros amores a reclamar nuestros nombres.

Del sótano

(para una anatomía del recuerdo)

Qué sistema respiratorio tienen aquí los recuerdos.
Qué pulmones, alvéolos o traqueas.
Bajo cuáles arterias reciben oxígeno.
Ante qué paisaje se vuelven palabra viva e irisada.
Con qué pretextos se encierran bajo llave
en los desmemoriados sótanos de la infancia.
Ay, apresúrate vacilante tiempo,
húndete en mi muerte como las migas al formar el pan,
que la vida ya retorna a su descanso
en las terrazas polvorientas de mi cuerpo,
donde el pensamiento aún cuelga como un trapo sucio
de tanto restregar entre oradores y escribas,
maestros de la elocuencia
que jamás descifraron los signos del hombre.

A la entrada de la biblioteca

¿Tendrán deudos estos muertos?

Poetas, perdónalos Señor:

ignoran que exiguo es el sitio reservado para cada cosa
en esta pequeña faz del universo.

DE UN SUICIDIARIO
ENCONTRADO EN EL
HOTEL CELINE

Paul Celan. In memoriam

Que estamos solos, desamparados,
que la ansiedad y el hastío nos ordeñan la sangre,
que trabajamos amistad con la muerte para dejar de morir.

Paul Celan lo sabía. Y lo escribió en el Sena.

Dylan, Lenau, Hart Crane & CIA Ltda.

Ambición no nos faltaba.
Por eso temíamos que nuestra naturaleza
"rebosara demasiado con la leche de la ternura humana".
Quisimos proscribirnos de estos harapos,
del tejido supurado al hueso,
de la grosera obscenidad de la sangre.
Insensibles al dolor físico buscábamos transformarnos en suicidas,
en aristócratas de la desesperación.
Todo hábito, después de afanarse, busca un cambio de escenografía.
Aún así éramos demasiado ingenuos:
la vanidad es el último vestido
del que se despoja el hombre.

Para no morir en un taxi

¿Para qué disputarle a la muerte un poco de sudor nocturno?
Perfiles y siluetas van ornando el cálido responsorio del alcohol,
las señales trazadas por la soledad
que insiste en remansar la vida con su espuma,
en levantar para nosotros otro reino sin liturgias ni encrucijadas.
Podemos omitirnos de la frase,
ausentarnos de las inauguraciones,
disputarle sus despojos al empedrado de la noche,
desmantelarnos de todas las máscaras
hasta encontrarnos en esa segunda superficie,
la terraza deshabitada de un rostro
que alguien ha volteado tras la última partida de ajedrez.
Así seremos más libres.
Como Hamlet, cuando afirmaba que nada hay bueno ni malo
mientras el pensamiento no lo acuñe como tal.
Creón descendió al Hades.
El barco de Auden no tenía destino y siguió navegando en calma.
Decía: *"La muerte no comprende a la muerte: ni a ti ni a mí"*.
Y la leyenda de Crane, aboliendo en un espejo
el porvenir de la esperanza.
Morir en un taxi -tu castillo de señor hastiado-,
lastrando el cuerpo, las manos en declive,
ligeras como el rocío. Subió la fiebre al corazón del nihilista
que se aturdí de pensar en aquella vieja pregunta:
¿Quién más ha estado en el Purgatorio?
Por eso debo advertirlo: también yo puedo sonreír al borde de la vida
y dedicar para ti la elegía que quisiste poner en boca de otros.

Cape Cod

Una herida que no restaña. Así era el poema.
Pedías para cada una de las figuras su nombre verdadero:
el arte exangüe de tus ojos,
o la araña con marca de clepsidra, según decías.
Fuiste el traidor que disecó al héroe,
arrancando del rayo el estampido del trueno,
con tus labios gastados como las hojas de una tijera
que desgarraba y desgarraba los mismos harapos.
El Grito ronco del puritano
con el tejido gangrenoso de la palabra a flor de piel,
sin que ninguno de tus miedos fuera repuesto en la estantería.
¿Habrá alguien atado al mástil en este campo de cuáqueros,
entre brezales y encinas, cuando el deseo es un mal que ya no tiene cura?

Mi viaje hasta el fin de la noche

Seguirás siendo llorada, vieja muerte,
han bailado contigo,
te han abrazado cubriéndote de flores.
Y mueres porque no mueres.
El corazón es un dirigible
en la retina del náufrago.
La naturaleza amputa y elimina las excepciones.
Con impaciencia tolera
a dipsómanos y megalómanos:
el señorío de quienes maquillan
esta exhumación de miserias humanas,
pompas de jabón encalando las riendas quebradas del reloj.
Soy el bufón celebrando el último festín
cuando el miedo ya no tiene nombre,
cuando el calor arbitrario del amor yace disuelto
entre argumentaciones inseguras,
caídas de telones
sobre un escenario donde sólo las pesadillas pueden fabular.
Es muy natural decir: que todo calle y continúe.
La misma vacuidad, con sus meandros, afluentes, arroyuelos y cauces.
La misma desesperanza de no domar la desesperación
que afloja los diques del alma,
un vuelo sin rumbo de gorriones perforando la neblina,
trasbordando de oscuridad, erizando las escamas:
el cáncer suicida es apenas una traición más,
un áspero silbido que a nadie llama,
un guiño colaboracionista a esta república de hombres sin atributos
que se hunden sin ayer ni mañana,
ahora y siempre.

Peter Szondi y las elegías finales de hölderlin

"Las frías esperanzas infestan nuestra arcilla viviente"

Así traducías

al viejo futuro que irrumpía impaciente,

de cara al espejo,

contemplando extasiado tu jocosa calavera.

Porque el círculo tenía que cerrarse,

ahora que de nada te servía pregonar títulos de dominio

sobre paraísos perdidos:

apenas una recapitulación sobre la muerte

para que otros descansen en paz:

como el bufón ante el rey, aunque no tuvieras más rey que al polvo.

Expreso 231

Se arrodilló junto a la vía
para que la imagen del tren rugiera
sobre la afilada ruta del poema.
Las dudas serían disueltas
en el intervalo de dos vagones
-digamos dos versos entarimados entre nubecillas de hollín-
que medraban un poco de sangre al atardecer.
Los vocablos
se anudaban
en una interminable hilera de durmientes
y trazaban el camino ante la última señal del guardagujas.
No habría otras estaciones.
La tinta llegaba a su límite justo
ahora que los buitres ya sienten deseos de hundirse
en la carroña inquieta de tu corazón.

El hombre del puente.
In memoriam John Berryman

Ignorabas si sobrevivirías a la noche,
cuando ya la niebla adoptaba las alarmantes formas de tus miedos.
Azotado por el frío
descendiste los escalones del corazón
y alargaste el contorno de la pesadilla hasta el borde del puente.
Abajo te esperaba la muerte golpeando los remos
mientras la marea consumía las orillas.
Un intenso fervor suicida suspendía la oración,
la hoja que sobraba al viento,
el deseo que sobraba al amor,
los peces que sobraban al río.
Racimos de palabras flotando a la deriva,
esperando volver a encontrarte
para ensayar una vez más el libreto.
Pero no te preocupes: de otros será el responso.
Y nada ni nadie
"removerá la escarcha de tu tumba".

A salvo por Omar Cáceres

Se puede
enmendar la atmósfera cerrada del poema.
Decir, por ejemplo,
este beso,
deshielo de la muerte,
va por cortesía de la casa.
Y agregar: para que el río del amor siga su curso.
Pero poemas como éstos son neutros como hoteles:
lugares de tránsito, vida en suspenso.
La serena posesión de un punto fijo
exige de otras cataduras.
El agrio paladar del corazón
afilas el diente
ejercitándose en la soledad de este cuerpo carcinomatoso
y su callejón de huesos
y sus ojos extintos asomados a la ventana
esperando la mudanza.
Cuando la vida se acerca cada vez menos
también se puede enmendar la atmósfera cerrada del poema.
Y ahí prevaricamos con el amor
-apenas un escandaloso prologuista de la muerte-
lo fornicamos al sueldo de unas pocas palabras
que pronto caerán del árbol del lenguaje
como frutos podridos: una vocación insolente;
latrocinio compartido de amantes descompaginados
rodando vertiente abajo en un poema donde nunca estuvo mi voz,
"soliloquio de lenguas muertas".

Fród und Ferde

En lo tocante a campos y arroyos
ablución de estas orillas habitadas
por tendones y nervios,
pasto fértil de cardiólogos y tisiólogos
cuando se padece del corazón.
Mi hipocondría tiene sucesión garantizada
en este, el consulado frágil de mi cuerpo,
gran hondonada para desembocadura
de todos esos moribundos que hay en mí,
sitiadores y sitiados,
sufragio ambulatorio de la nada,
sonido de la furia,
escritura del invierno sobre la hierba,
firmamento vacío
que buscamos repoblar -laboriosos en el miedo-
con tu muerte sobre la mía:
el abrazo del sol y la luna
padeciendo un eclipse.

Incesto. Para George Trakl.

Te glosaron a la muerte
entre revelaciones y caídas.
Nadie sabe a quién temías:
si al amortajado beso de la hermana
o al escuálido susurro de los aldeanos
que enterraban al sol en la hondonada.
Salpicabas una y otra vez
el barro desesperado de tu vida:
destruido el poema,
la palabra era sólo cáscara seca
el gris escombros de un bosque
desgajado del crepúsculo.
En el país de la locura
tu memoria revivía a intervalos
la vacuidad del deseo,
ese huésped inmóvil que cifraba
la tipografía del silencio
entre cantos de aves y sollozos de campesinos.
Nada corta ya tu oscuridad,
la conspiración de tanto fantasma
arañando la paternidad de las prostitutas
que soportaron el peso de tus noches entre sábanas azules.
El horror al cadáver insepulto del lenguaje,
la mordedura de saberse en la palabra
mientras la tarde enmudecía en un viejo campanario
precipitó el fin; recuérdalo bien: cocaína y veronal,
el bebedor solitario acurrucado en la sala de moribundos,
esperando la bendición de Helián,
sin desmayar la guardia,
buscando afanosamente las negras aguas del Leteo.

CODA: VLADIMIR Y ESTRAGÓN
DESENCUENTRAN A GODOT EN
HOTEL CELINE

Estragón: Con el indispensable cinismo

de un bufón ante su rey

-recuérdese que la corte del universo

es una maquinaria ruidosa y bien aceiteada-

afirmé

que el hombre era una enfermedad imaginaria de Dios,

-una de las tantas hipocondrías del creador-

y que la célibe perfección

atribuida por los escolásticos

no era tal:

(apuntemos el mal, la pluralidad, el error);

que a lo sumo

el buen Dios

es sólo un monte erguido en la llanura

adiestrando la tullida brújula del pensamiento

-un pájaro de poco vuelo-.

Ya vendrá, Vladimir,

ya vendrá.

Aunque el verbo todo lo diluya

en su cinematógrafo

de barrio pobre

donde los espectadores siempre se masturban

con las mismas palabras,

esas hembras que todo lo estropean.

*(Sobre la hoja de papel
el texto se desparrama
como una arteria
vertiginosa)*

*(El poema se echa a
andar, como un
ventilador)*

*(las citas van y
vienen, agolpando,
embistiendo)*

Vladimir: ¿Y quiso el buen Dios

que esta odiosa pesadilla

se incorporara de la cama?

Ya sabemos que el lenguaje padece de afonía,

verbo quejumbroso de la divinidad.

Sobre el tablero de ajedrez

cada juego de palabras es un simulacro de batalla:

debemos llegar hasta el rey

sorteando cada pieza que pueda amenazarnos.

Estragón: ¡Poesía! ¡Poesía!

Vladimir: Poesía para que sean las palabras las que salgan del poema;

como los muertos, cuando abandonan el sepulcro,

sin importar el estado de descomposición.

¡Ah, ese Dios!

"Y el verbo se hizo carne".

Estragón: Se hizo carne con horror en los labios, según dicen.

Vladimir: Y ahora se vuelve hipocondríaco.

*(Se quiebra la sintaxis;
Grafemas y fonemas se
tornan falaces)*

Estragón: Se hizo carne y habitó entre nosotros.

Vladimir: Nos ordeña, Estragón,
como a una ubre.

Estragón: Debemos ser reverentes.

*(Otro croquis; la
palabra arrodillada
Ante la boca muerta)*

Vladimir: Perro que ladra perro que no muerde.
El buen Dios dice:
"Yo soy el monasterio"
Y entonces replicamos:
"Y nosotros tus únicos habitantes"

Estragón: La trinidad perfecta, si incluimos a Godot.

Vladimir: ¿Dices Godot?

Estragón: Digo Godot. Ya verás como hace lo mismo que Dios.

Vladimir: ¿?

Estragón: Suplicará al Universo
para que lo deje salir de vacaciones.

Vladimir: ¿Dios de vacaciones?

Estragón: Para que descanse del hombre,
la más imaginaria de las enfermedades de Dios.

Vladimir: ¿Y si el Universo es un manicomio?

Estragón: Siempre hay una salida.

Vladimir: Bajarle el telón.

Estragón: Pero Dios no se deja sobornar.
Ni siquiera con grandes cucharadas de oraciones.
Suya fue la puesta en escena,
la mascarada burlona de unas cuantas palabras.

Vladimir: Palabras, palabras, palabras... "Y el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".

Estragón: La usura de las palabras...

Vladimir: El puente de las palabras a las cosas se derrumbó hace años.

Estragón: Y ahora cargamos con el fardo de ser los actores.

Vladimir: *¿Qué otra cosa es verdad sino la pobreza
de esta vida frágil y liviana?
Soy un fue y un será y un es cansado?*

Estragón: La lengua ha sido siempre embustera.

Vladimir: Y el verbo....

Estragón: Nada nuevo bajo el sol.

Vladimir: Y el verbo nos asedia al dormir y al despertar.

Estragón: Y el verbo nos hierve la sangre.

Vladimir: Y el verbo nos vuelve mendaces.

Estragón: Y el verbo suicida nuestras almas.

Vladimir: E infesta nuestras noches de miedo.

Estragón: Cuando pensamos en la llegada de Godot.